



Mayo, mes de flores, en el que nuestra vista se siente atraída por los coloridos fuertes, exaltados por el sol intenso, pero aún no apagados por excesos de luz y altas temperaturas que los deprimen y embotan en el estío. Las retinas buscan y aprecian en esta época, como en ninguna otra, esos colores brillantes que estuvieron ocultos en la estación fría, y la propia energía sanguínea, renovada, nos impulsa a una vida más en continuo contacto diario con la Naturaleza. ♦ ¿Quién no recuerda algún viaje bajo el sol magnífico, aún no cálido en demasía, a través de paisajes típicos, de grandes ciudades alegres! ♦ La estampa callejera de una ciudad o una aldea deja en nuestro ánimo eternas sensaciones, algo imprecisas, pero palpables, del valor espiritual de sus pobladores. La vivienda, el hogar, tienen también una personalidad como la ciudad y el pueblo. Se perciben sensaciones de frialdad o de alegría, de monotonía o de colorido, de orden o de descuido. ♦ Un lugar agradable, que entona o sirve de reposo a nuestra fatiga física o nuestro estado de ánimo, nos atrae. El desagradable lo es por un algo que se palpa en el ambiente y nos demuestra frialdad o indiferencia.

Las flores y los pueblos

La alegría, la vitalidad, el colorido son sensaciones que imprimen en nuestros sentidos la decoración vegetal acertada. Las flores ante la ventana, en masa, bajo los balcones, o complementando un interior, no son sólo para su simple observador un saludo amistoso, sino fuente permanente de alegría para su poseedor, que ha de ir percibiendo paso a paso el desarrollo de sus plantas y sus flores; la influencia de la luz, del calor, de la humedad sobre la belleza de esas magníficas decoradoras de su vivienda. Mantienen el contacto que se perdió entre el habitante de la ciudad y la Naturaleza.

Nadie es huésped gustoso de aldeas y poblaciones sin alma. ¿Habéis experimentado esa sensación tan inconfundible que nos deparan los países que adornan incluso los exteriores de sus edificios públicos, de sus ayuntamientos, de sus grandes casas comerciales, con masas de flor que penden de sus balcones y ventanas durante toda la estación templada.

La febrilidad y la seriedad de las actividades que allí dentro se desarrollan no son nunca incompatibles con esa atención, que no es superflua, sino que, por el contrario, demuestra un sentido continuo del debido complemento

entre las manifestaciones espirituales y las del cotidiano materialismo. La ciudad entera se adorna con sus mejores galas en la estación florida. ¿Por qué no iniciar una campaña que tanto redundaría en dar un tono de alegre bienestar a nuestro trabajo?

El mes de mayo

Mayo te recuerda estas posibilidades. Su sol, su suave temperatura, su brisa incomparable, parecen animarnos cada día a gozar del contacto con las flores, con las masas vegetales verdes.

Multitud de especies florales se prestan gustosas, fáciles, a este cometido, pero ninguna quizá con la facilidad de los geranios y las petunias, que crecen vigorosas y llenas de color en cajas y jardineras, en tiestos y jarrones, admirándonos con su larga floración también en los jardines. Geranios y petunias, plantas de sol, cuyos coloridos espléndidos (el rojo, el escarlata, el blanco, el rosa y el estriado) brillan incesantemente bajo sus rayos de luz.

Pelargonios y geranios de flores simples y dobles; los pelargonios de «hoja de hiedra» son insuperables para jardineras en exteriores y barandas. La petunia híbrida, desde la de gran flor, denominada «superbissima», hasta la de

